

SANTIAGO

WILLIAM BARCLAY

**COMENTARIO
AL NUEVO TESTAMENTO
— Tomo 14 —**

Santiago y Pedro

SANTIAGO

WILLIAM BARCLAY

**COMENTARIO
AL NUEVO TESTAMENTO
— Tomo 14 —**

Santiago y Pedro



Editorial CLIE
Ferrocarril, 8
08232 VILADECAVALLS (Barcelona)

COMENTARIO AL NUEVO TESTAMENTO
Volumen 14 - Santiago y Pedro

Traductor de la Obra completa: Alberto Araujo
© por C. William Barclay. Publicado originalmente en 1958
y actualizado en 1976 por The Saint Andrew Press,
121 George Street, Edimburgh, EH2 4YN, Escocia.
© 1994 por CLIE para la versión española.

Depósito Legal:
ISBN 978-84-7645-749-8 Obra completa
ISBN 978-84-7645-916-4 Volumen 14

Impreso en Publidisa

Printed in Spain

Clasifíquese: 0272 COMENTARIOS COMPLETOS N.T. -Santiago y Pedro
C.T.C. 01-02-0272-03

Referencia: 22.38.60

PRESENTACIÓN

William Barclay dedica a las tres cartas que comenta en este volumen las introducciones más extensas y detalladas. En cuanto empezamos a leerlas nos damos cuenta de que es porque suscitan algunos problemas de autoría, lugar y tiempo a los que se han dado respuestas diversas. William Barclay, como en todas sus obras, se decanta por las explicaciones clásicas; pero no por mero tradicionalismo, sino después de cuidadoso estudio de los textos, de las circunstancias históricas y de los datos y las opiniones que nos han llegado de los primeros intérpretes de las Escrituras de la Iglesia Cristiana. Pero, eso sí: aunque William Barclay no nos deja en la menor duda en cuanto a cuál es su posición, presenta con cortesía académica las demás, dejando, como era siempre su costumbre, que el lector, debidamente informado, adopte su postura, aunque no coincida con la de Barclay.

Si cita frecuentemente a otros comentaristas, no es para hacer alarde de erudición, sino todo lo contrario: en su honradez no consentiría que se le atribuyeran como propias ideas y explicaciones que ha tomado prestadas de otros. Esa era la cualidad que William Barclay se reconocía por encima de ninguna otra: la de ser un mero transmisor de los hallazgos de las ciencias bíblicas, que rara vez llegan a los cristianos de a pie, que fue a los que *nos* dedicó casi todas sus obras. Lo mismo hace con los autores clásicos contemporáneos del *Nuevo Testamento*, imprescindibles para comprender las circunstancias y las ideas de sus autores y primeros lectores. Casi nunca da las referencias de sus citas; pero, cuando lo hace, es para dejar bien

claras las que son casi de dominio público aunque no se conocen textualmente, como es el caso de la opinión de Lutero sobre la *Epístola de Santiago*.

Tal vez no sea ya, afortunadamente, tan grave causa de separación entre católicos y protestantes la supuesta discrepancia entre Santiago y Pablo acerca de la justificación por la fe o por las obras; pero su recta comprensión sigue siendo un desafío para todos los cristianos, y Barclay nos plantea la cuestión con su característica claridad, haciéndonos ver que Santiago no se oponía al verdadero Pablo, y que Santiago y Pablo están totalmente de acuerdo en que la fe viva siempre produce obras, y ambos condenan por igual la fe muerta.

William Barclay hace comprensibles y actuales las Escrituras y presenta el mensaje del Evangelio para nosotros y para nuestro tiempo. De ahí que sus referencias no sean sólo al pasado, sino a nuestras circunstancias, necesidades y luchas actuales, en las que podemos aplicar los mismos principios que nos dejaron el Señor Jesucristo y Sus primeros testigos. Aprovecha la aparición de los grandes temas en el pasaje que comenta para darnos un verdadero estudio bíblico, como hace con el nuevo nacimiento, la Segunda Venida, la importancia de los ancianos en la Iglesia Primitiva y en el mundo antiguo, las diversas formas de predicación en el judaísmo y el helenismo, y tantos otros temas importantes.

Pero el propósito principal de Barclay, como deja bien claro en todas sus obras, es dar testimonio de que Jesucristo no es el personaje de un libro, que vivió y murió hace mucho tiempo, sino Alguien Que está presente; y que no hay mejor manera de emplear la vida que en «conocer a Jesucristo más íntimamente, amarle más entrañablemente y seguirle más fielmente,» como decía un hombre de Dios inglés del siglo XIII al que William Barclay cita en las introducciones a sus libros.

Alberto Araujo

ÍNDICE

SANTIAGO

<i>Introducción a la Carta de Santiago</i>	15
<i>Saludos</i> (1:1)	49
<i>Los judíos esparcidos por el mundo</i> (1:1, continuación) ...	51
<i>Los destinatarios de la carta</i> (1:1, conclusión)	55
<i>Probados y aprobados</i> (1:2-4)	56
<i>El resultado de la prueba</i> (1:2-4, conclusión)	58
<i>Lo que la persona pide y Dios da</i> (1:5-8)	59
<i>Según la necesidad de cada cual</i> (1:9-11)	62
<i>La corona de la vida</i> (1:12)	63
<i>Echarle las culpas a Dios</i> (1:13-15)	65
<i>La evasión de la responsabilidad</i> (1:13-15, conclusión) ...	67
<i>La constancia de Dios en el bien</i> (1:16-18)	68
<i>Cuándo ser rápidos o lentos</i> (1:19-20)	70
<i>El espíritu dócil</i> (1:21)	72
<i>Oír y hacer</i> (1:22-24)	74
<i>La verdadera ley</i> (1:25)	75
<i>El verdadero culto</i> (1:26-27)	77
<i>Hacer discriminación</i> (2:1)	78
<i>El peligro de la cursilería en la iglesia</i> (2:2-4)	80
<i>La riqueza de la pobreza y la pobreza de la riqueza</i> (2:5-7)	82
<i>La ley del Reino de Dios</i> (2:8-11)	85
<i>La ley de la libertad y de la misericordia</i> (2:12-13)	87

<i>La fe y las obras</i> (2:14-26)	88
<i>Profesión y práctica</i> (2:14-17)	92
<i>No «una u otra», sino «las dos cosas»</i> (2:18-19)	94
<i>La prueba de la fe</i> (2:20-26)	96
<i>El peligro del maestro</i> (3:1)	97
<i>El peligro universal</i> (3:2)	100
<i>Pequeña, pero poderosa</i> (3:3-5a)	102
<i>Un fuego devastador</i> (3:5b-6)	104
<i>La polución interior</i> (3:5b-6, conclusión)	106
<i>Completamente indomable</i> (3:7-8)	108
<i>Bendición y maldición</i> (3:9-12)	109
<i>Uno que no debería ser maestro</i> (3:13-14)	111
<i>Una forma equivocada de sabiduría</i> (3:15-16)	113
<i>La verdadera sabiduría (1)</i> (3:17-18)	114
<i>La verdadera sabiduría (2)</i> (3:17-18, conclusión)	116
<i>Mi gusto o la voluntad de Dios</i> (4:1-3)	119
<i>Las consecuencias de una vida dominada por el placer</i> (4:1-3, conclusión)	121
<i>Infidelidad para con Dios</i> (4:4-7)	122
<i>La amistad con el mundo es enemistad con Dios</i> (4:4-7, continuación)	124
<i>Dios como Esposo celoso</i> (4:4-7, continuación)	125
<i>La gloria de la humildad y la tragedia del orgullo</i> (4:4-7, conclusión)	126
<i>La pureza piadosa</i> (4:8-10)	128
<i>La aflicción piadosa</i> (4:8-10, continuación)	130
<i>La humildad de la piedad</i> (4:8-10, conclusión)	132
<i>El pecado de criticar a los demás</i> (4:11-12)	133
<i>Exceso de confianza</i> (4:13-17)	135
<i>La inutilidad de las riquezas</i> (5:1-3)	137
<i>La pasión social de la Biblia</i> (5:1-3, continuación)	139
<i>El camino del egoísmo y su fin</i> (5:4-6)	141
<i>Esperando la venida del Señor</i> (5:7-9)	144
<i>La llegada del Rey</i> (5:7-9, conclusión)	146

<i>La paciencia triunfadora</i> (5:10-11)	148
<i>La inutilidad y la locura de los juramentos</i> (5:12)	149
<i>Una iglesia que cantaba</i> (5:13-15)	151
<i>Una iglesia que sanaba</i> (5:13-15, conclusión)	152
<i>Una iglesia que oraba</i> (5:16-18)	154
<i>La verdad es para hacerla</i> (5:19-20)	157
<i>El supremo logro humano</i> (5:19-20, conclusión)	158

1 PEDRO

<i>Introducción a la Primera Carta de Pedro</i>	163
<i>La gran herencia</i> (1:1-2)	195
<i>Los escogidos de Dios y los exiliados de la eternidad</i> (1:1-2, continuación)	197
<i>Los tres grandes hechos de la vida cristiana</i> (1:1-2, conclusión)	199
<i>El nuevo nacimiento del cristiano</i> (1:3-5)	201
<i>La gran herencia</i> (1:3-5, continuación)	204
<i>Protegido en el tiempo y a salvo en la eternidad</i> (1:3-5, conclusión)	205
<i>El secreto de la resistencia</i> (1:6-7)	207
<i>No Le hemos visto, pero Le conocemos</i> (1:8-9)	209
<i>El anuncio de la gloria</i> (1:10-12)	211
<i>El mensaje del predicador</i> (1:10-12, conclusión)	213
<i>La virilidad necesaria para la fe cristiana</i> (1:13)	214
<i>La vida sin Cristo y la vida llena de Cristo</i> (1:14-25)	215
1. <i>Jesucristo, Redentor y Señor</i>	216
2. <i>La vida sin Cristo</i>	218
3. <i>La vida llena de Cristo</i>	220
<i>Qué dejar y qué anhelar</i> (2:1-3)	222
<i>En qué afirmar el corazón</i> (2:1-3, conclusión)	224
<i>La naturaleza y la misión de la Iglesia</i> (2:4-10)	226

<i>1. La Piedra Que rechazaron los constructores</i>	226
<i>2. La naturaleza de la Iglesia</i>	228
<i>3. La gloria de la Iglesia</i>	230
<i>4. La misión de la Iglesia</i>	231
<i>Razones para vivir como Dios manda (2:11-12)</i>	233
<i>La mejor contestación y defensa (2:11-12, conclusión)</i> ...	234
<i>El deber del cristiano (2:13-15)</i>	238
<i>1. Como ciudadano</i>	238
<i>El deber del cristiano (2:16)</i>	241
<i>2. En la sociedad</i>	241
<i>Resumen del deber del cristiano (2:17)</i>	242
<i>El cristiano como siervo (2:18-25)</i>	244
<i>El peligro de una nueva situación (2:18-25, continuación)</i>	246
<i>La nueva actitud ante el trabajo (2:18-25, continuación)</i> ...	248
<i>Dos preciosos nombres de Dios (2:18-25, continuación)</i> ...	250
<i>Dos preciosos nombres de Dios (2:18-25, conclusión)</i> ...	251
<i>La predicación callada de una vida hermosa (3:1-2)</i>	253
<i>Los auténticos cosméticos (3:3-6)</i>	255
<i>Las obligaciones del marido (3:7)</i>	258
<i>Las marcas de la vida cristiana (1) (3:8-12)</i>	260
<i>Las marcas de la vida cristiana (2) (3:8-12, conclusión)</i> ...	263
<i>La seguridad cristiana en un mundo en peligro</i> (3:13-15a)	265
<i>La apología cristiana (3:15b-16)</i>	267
<i>La obra salvífica de Cristo (3:7 — 4:6)</i>	268
<i>El ejemplo de la obra de Cristo (3:17-18a)</i>	270
<i>«Descendió a los infiernos» (1) (3:18b-20; 4:6)</i>	273
<i>«Descendió a los infiernos» (2) (3:18b-20; 4:6,</i> <i>continuación)</i>	275
<i>«Descendió a los infiernos» (3) (3:18b-20; 4:6,</i> <i>continuación)</i>	277
<i>«Descendió a los infiernos» (4) (3:18b-20; 4:6, conclusión)</i>	279
<i>El bautismo del cristiano (3:18-22)</i>	281
<i>La obligación del cristiano (4:1-5)</i>	283

<i>La última oportunidad</i> (4:6)	286
<i>El final inminente</i> (4:7a)	287
<i>Vivir a la sombra de la eternidad</i> (4:7b-8)	290
<i>El poder del amor</i> (4:7b-8, conclusión)	292
<i>La responsabilidad cristiana</i> (4:9-10)	293
<i>La fuente y el objetivo de todo esfuerzo cristiano</i> (4:11) ...	295
<i>La persecución inevitable</i> (4:12-13)	297
<i>La bienaventuranza de sufrir por Cristo</i> (4:14-16)	298
<i>Dejar toda la vida en las manos de Dios</i> (4:17-19)	300
<i>Los ancianos de la iglesia</i> (5:1-4)	302
<i>Los ancianos de la iglesia</i> (5:1-4, continuación)	304
<i>Peligros y privilegios de los ancianos</i> (5:1-4, continuación)	305
<i>El ideal de los ancianos</i> (5:1-4, continuación)	308
<i>El recuerdo de Jesús</i> (5:1-4, conclusión)	309
<i>El manto de la humildad</i> (5:5)	311
<i>Las normas de la vida cristiana (1)</i> (5:6-11)	312
<i>Las normas de la vida cristiana (2)</i> (5:6-11, conclusión) ...	314
<i>Un fiel ayudante de los apóstoles</i> (5:12)	316
<i>Saludos</i> (5:13)	318
<i>Todos en paz con todos</i> (5:14)	321

2 PEDRO

<i>Introducción a la Segunda Carta de Pedro</i>	325
<i>El hombre que abría puertas</i> (1:1)	333
<i>El glorioso servicio</i> (1:1, conclusión)	335
<i>El supremo conocimiento</i> (1:2)	336
<i>La grandeza de Jesucristo para la humanidad</i> (1:3-7)	339
<i>Pertrechos para el camino</i> (1:3-7, continuación)	341
<i>La escala de las virtudes (1)</i> (1:3-7, continuación)	344
<i>La escala de las virtudes (2)</i> (1:3-7, conclusión)	346
<i>De camino</i> (1:8-11)	349

<i>El cuidado del pastor (1:12-15)</i>	351
<i>El mensaje y el derecho a darlo (1:16-18)</i>	353
<i>Las palabras de los profetas (1:19-21)</i>	355
<i>Los falsos profetas (2:1)</i>	359
<i>Los pecados de los falsos profetas y cómo acaban estos</i> (2:1, conclusión)	361
<i>La obra de la falsedad (2:2-3)</i>	363
<i>La suerte de los malvados y el rescate de los íntegros</i> (2:4-11)	365
1. <i>El pecado de los ángeles...</i>	366
2. <i>La gente del diluvio y el rescate de Noé</i>	371
3. <i>La destrucción de Sodoma y Gomorra y el rescate</i> <i>de Lot</i>	372
<i>Retrato de un malvado (2:4-11, conclusión)</i>	374
<i>Engañarse a uno mismo y a otros (2:12-14)</i>	376
<i>Por mal camino (2:15-16)</i>	379
<i>Los peligros de la recaída (2:17-22)</i>	380
<i>Los principios de la predicación (3:1-2)</i>	382
<i>La negación de la Segunda Venida (3:3-4)</i>	384
<i>La destrucción por el diluvio (3:5-6)</i>	386
<i>La destrucción por el fuego (3:7)</i>	388
<i>La misericordia del retraso divino (3:8-9)</i>	389
<i>El día temido (3:10)</i>	391
<i>La dinámica moral (3:11-14)</i>	393
<i>Apresurando el día (3:11-14, conclusión)</i>	394
<i>Los que tergiversan las Escrituras (3:15-16)</i>	395
<i>Un cimiento firme y un crecimiento constante (3:17-18)</i>	398
Palabras griegas, hebreas y latinas	401
Nombres y temas que aparecen en el texto	403
Autores y libros que se recomiendan	407

SANTIAGO

INTRODUCCIÓN A LA CARTA DE SANTIAGO

Santiago es uno de los libros que tuvieron dificultades para entrar en el Nuevo Testamento. Hasta después de reconocerse como parte de la Sagrada Escritura se seguía tratando con reserva y suspicacia; y, hasta en el siglo XVI, Lutero lo habría excluido con gusto del Nuevo Testamento.

LAS DUDAS DE LOS PADRES

En la parte de la Iglesia que usaba el latín no aparecen citas de *Santiago* hasta mediado el siglo IV en los escritos de los padres. La primera lista de los libros del Nuevo Testamento que se trazó fue el llamado *Canon de Muratori*, fechado alrededor del año 170 d.C., y en él no figura *Santiago*. Tertuliano escribía a mediados del siglo III, y citaba profusamente la Escritura; se encuentran en sus escritos 7,258 citas del Nuevo Testamento, pero ni una sola de ellas es de *Santiago*. La primera vez que se encuentra *Santiago* en la literatura cristiana en latín es en un manuscrito llamado *Códice corbeienense*, que es de alrededor de 350 d.C., que atribuye su autoría a Santiago hijo de Zebedeo; y lo incluye, no entre los libros indiscutibles y universalmente aceptados del Nuevo Testamento, sino entre otros tratados religiosos escritos por los antiguos padres. Así salió a la luz *Santiago*, pero no se aceptaba sin reservas. El primer escritor latino que lo cita es Hilario de Poitiers, en su obra *Sobre la Trinidad*, escrita hacia el año 357 d.C.

SANTIAGO

Entonces, si se tardó tanto en reconocer *Santiago* en la iglesia latina, y si, hasta después de reconocerlo, se miraba con cierto recelo, ¿cómo llegó a ser incluido en el Nuevo Testamento? Fue decisiva la influencia de Jerónimo, que no tuvo reparos en incluirlo en la Vulgata. Pero hasta entonces hay ciertas dudas. En su libro *Sobre hombres famosos*, escribía Jerónimo: «Santiago, al que se llama el hermano del Señor... no escribió más que una epístola, que es una de las siete epístolas católicas, y que algunos dicen que fue otro el que la publicó bajo el nombre de Santiago.» Jerónimo aceptaba plenamente esta carta como Escritura, pero percibía que había ciertas dudas en cuanto a su autoría. Esas dudas se disiparon definitivamente por el hecho de que Agustín aceptara *Santiago* sin reservas, y no dudara de que el Santiago en cuestión fuera el hermano del Señor.

El reconocimiento de *Santiago* fue tardío en la iglesia latina; durante mucho tiempo se le colocaba una especie de signo de interrogación; pero, el que Jerónimo lo incluyera en la Vulgata y Agustín lo aceptara sin reservas puso punto final a la cuestión, aunque después de no poca lucha.

LA IGLESIA SIRÍACA

Se habría supuesto que la iglesia siríaca habría sido la primera en aceptar *Santiago*, si es verdad que se escribió en Palestina y que fue la obra del hermano del Señor; pero en la iglesia siríaca hubo las mismas oscilaciones. La Biblia oficial de la iglesia siríaca se llama la *Pesitta*, que quiere decir «la simple», como en latín «vulgata». La tradujo Rábbula, obispo de Edesa, hacia el año 412, y fue entonces cuando se tradujo por primera vez *Santiago* al siríaco. Y hasta el año 451 no hay rastro de *Santiago* en la literatura cristiana siríaca. Desde entonces se aceptó *Santiago* ampliamente; pero en 545 d.C. Pablo de Nisibis todavía ponía en duda su derecho a formar parte del Nuevo Testamento. De hecho, no fue sino hacia

SANTIAGO

mediados del siglo VIII cuando la gran autoridad de Juan Damasceno hizo por *Santiago* en la iglesia siríaca lo que había hecho Agustín en la latina.

LA IGLESIA GRIEGA

Aunque *Santiago* surgió antes en la iglesia griega que en la latina o siríaca, no obstante fue también bastante tarde. El primero en citarlo por nombre fue Orígenes, el cabeza de la escuela de Antioquía. Escribiendo a mediados del siglo III dice: «Si la fe se llama fe, pero existe aisladamente de las obras, tal fe está muerta, como leemos en la carta que se atribuye a Santiago.» Es verdad que en otras obras la cita como si no tuviera duda que fuera de Santiago, el hermano del Señor; pero otra vez aparece la sombra de la duda. Eusebio, el gran maestro de Cesarea, investigó la posición de los diferentes libros del Nuevo Testamento y sus aleñaos a mediados del siglo IV. Coloca *Santiago* entre los libros «disputados»; y escribe: «La primera de las epístolas llamadas católicas se dice que es suya (de Santiago); pero debe tenerse en cuenta que algunos la consideran espuria; y no cabe duda que es cierto que son pocos los escritores antiguos que la citan.» De nuevo la sombra de la duda. Eusebio mismo aceptaba *Santiago*, pero se daba cuenta de que había otros que no. El momento decisivo en la iglesia de habla griega llegó el 367 d.C., cuando Atanasio publicó su famosa *Carta de Pascua de Resurrección* en Egipto. Su intención era informar a los cristianos de qué libros eran Sagrada Escritura y cuáles no, porque parece que había muchos que se leían y se consideraban Sagrada Escritura sin serlo. En esa carta se incluye *Santiago* sin reservas, y desde entonces su posición quedó asegurada.

Así que en la Iglesia Primitiva no se ponía en duda el valor de *Santiago*; pero apareció tardíamente en todas las ramas de la Iglesia, y tuvo que pasar un tiempo en que se discutía su derecho a formar parte del Nuevo Testamento.

De hecho, la historia de *Santiago* tiene que verse todavía en relación con la Iglesia Católica Romana. En 1546, El Concilio de Trento estableció de una vez para siempre la composición de la biblia católica. Se dio una lista de libros a la que no se podía añadir ni sustraer ninguno, y que había que leer exclusivamente en la Vulgata. Los libros aparecían en dos categorías: los *protocanónicos*, es decir, los que se han aceptado incondicionalmente desde el principio; y los *deuterocanónicos*, es decir, los que gradualmente se ganaron la inclusión en la biblia católica. Aunque la Iglesia Católica Romana nunca tuvo dudas acerca de *Santiago*, sin embargo lo puso en la segunda categoría.

LUTERO Y SANTIAGO

En nuestro tiempo es cierto que *Santiago*, por lo menos para la mayoría, no está entre los libros más importantes del Nuevo Testamento. Pocos le atribuirían la misma autoridad que a *Juan*, o *Romanos*, o *Lucas*, o *Gálatas*. Todavía hay muchos que tienen reservas en relación con *Santiago*. ¿Por qué? No puede tener nada que ver con las dudas de la Iglesia Primitiva, porque no son muchos los que conocen esas cuestiones históricas en las iglesias evangélicas modernas. La razón parece ser la siguiente: en la Iglesia Católica Romana, la posición de *Santiago* se zanjó definitivamente con el edicto del Concilio de Trento; pero en el Protestantismo su historia siguió siendo turbulenta, y hasta más que eso, porque Lutero lo atacó y lo habría excluido del Nuevo Testamento. En su edición del Nuevo Testamento en alemán, Lutero puso un índice en el que se asignaba un número a los libros principales. Al final de la lista estaban *Santiago*, *Judas*, *Hebreos* y *Apocalipsis*, sin número, por considerarlos secundarios.

Lutero fue especialmente severo con *Santiago*, y el juicio adverso de un gran hombre puede ser como colgarle al libro una piedra de molino de la que ya no se libre nunca. En el

último párrafo de su *Prefacio al Nuevo Testamento* es donde se encuentra el famoso veredicto de Lutero sobre *Santiago*:

En resumen: El evangelio y la primera epístola de san Juan, las epístolas de san Pablo, especialmente Romanos, Gálatas y Efesios, y la primera epístola de Pedro son los libros que os presentan a Cristo. Os enseñan todo lo que necesitáis saber para vuestra salvación, aunque no vierais u oyerais ningún otro libro o enseñanza. En comparación con estos, la epístola de Santiago es una epístola llena de paja, porque no contiene nada evangélico. Más sobre este asunto en otros prefacios.

Cumpliendo su palabra, Lutero desarrolló este veredicto en el *Prefacio a las Epístolas de Santiago y san Judas*. Empieza diciendo: «Tengo en alta estima la epístola de *Santiago*, y la considero muy valiosa, aunque fue rechazada en los primeros días. No desarrolla doctrinas humanas, sino hace mucho hincapié en la ley de Dios. Sin embargo, para dar mi parecer sin prejuicios contra lo que pueda opinar otro, yo no la considero apostólica.» Y a continuación pasa a dar sus razones para rechazarla.

La primera es que, en oposición a Pablo y al resto de la Biblia, *Santiago* atribuye la justificación a las obras, citando equivocadamente a Abraham como si hubiera sido justificado por medio de ellas. Esto ya prueba que la epístola no puede tener un origen apostólico.

La segunda es que ni una sola vez da a los cristianos ninguna instrucción ni hace ninguna referencia a la Pasión, Resurrección o Espíritu de Cristo. No Le menciona más que dos veces. De ahí pasa Lutero a exponer su principio para probar la apostolicidad de un libro: «La verdadera piedra de toque para probar cualquier libro es descubrir si hace hincapié en la soberanía de Cristo o no... Lo que no enseña acerca de Cristo no es apostólico, aunque lo hayan escrito Pedro o Pablo. Por otra parte, lo que presenta a Cristo es apostólico, aunque lo haya

dicho Judas, Anás, Pilato o Herodes.» En ese examen *Santiago* no obtiene el aprobado; así es que Lutero prosigue: «La epístola de *Santiago* no hace más que guiarnos a la ley y a sus obras. Mezcla una cosa con otra hasta tal punto que me hace sospechar que algún hombre bueno y piadoso compiló unas cuantas cosas que dijeron los discípulos de los apóstoles, y las puso por escrito; o tal vez esta epístola la escribió con notas que había tomado de un sermón de Santiago. Llama a la ley «ley de la libertad» (*Santiago* 1:25; 2:12), aunque san Pablo la llama «ley de esclavitud, ira, muerte y pecado» (*Gálatas* 3:23s; *Romanos* 4:15; 7:10s).

Así es que Lutero llega a la siguiente conclusión: «En resumen: *Santiago* quiere hacer que se esté en guardia contra los que dependen de la fe sin pasar a las obras; pero no tiene ni el espíritu ni el pensamiento ni la elocuencia que requeriría tal empresa. Hace violencia a la Escritura, y así contradice a Pablo y toda la Escritura. Trata de conseguir haciendo hincapié en la ley lo que los apóstoles logran atrayendo a las personas al amor. Por tanto, no le concedo un puesto entre los escritores del verdadero canon de la Biblia; pero no me opongo a que otro lo coloque o eleva hasta donde guste, porque la epístola contiene muchos pasajes excelentes. Una persona aislada no cuenta ni siquiera a los ojos del mundo; ¿cómo va a contar este escritor único y aislado frente a Pablo y todo el resto de la Biblia?»

Lutero no tiene compasión de *Santiago*; y puede que, cuando hayamos estudiado esta carta, pensemos que, por una vez, Lutero dejó que el prejuicio personal afectara el sano juicio.

Tal fue la historia turbulenta de *Santiago*. Ahora debemos tratar de contestar las cuestiones que plantea en relación con el autor y la fecha.

LA IDENTIDAD DE SANTIAGO

El autor de esta carta no nos da prácticamente ninguna información acerca de sí mismo. Se llama a sí mismo sencillamente «Santiago, siervo de Dios y del Señor Jesucristo» (*Santiago 1:1*). ¿Quién era? En el Nuevo Testamento parece que hay por lo menos cinco personas con ese nombre.

(i) Está el Santiago que era el padre del miembro de los Doce que se llamaba Judas, no el Iscariote (*Lucas 6:16*). De ese no sabemos más que el nombre, y no puede haber tenido ninguna relación con esta carta.

(ii) Está el Santiago hijo de Alfeo, que era uno de los doce (*Mateo 10:3; Marcos 3:18; Lucas 6:15; Hechos 1:13*). La comparación de *Mateo 9:9* con *Marcos 2:14* nos lleva a la conclusión de que Mateo y Leví eran la misma persona. De Leví también leemos que era hijo de Alfeo, así es que Mateo y este Santiago deben de ser hermanos. Pero de Santiago hijo de Alfeo no sabemos nada más; así es que tampoco sería este el autor de nuestra carta.

(iii) Está el Santiago que se llama *Santiago el Menor*, y que se menciona en *Marcos 15:40* (cp. *Mateo 27:56; Juan 19:25*). Tampoco de este sabemos nada más, así es que no debe de ser el autor de esta carta.

(iv) Está el Santiago, hermano de Juan e hijo de Zebedeo, miembro de los Doce (*Mateo 10:2; Marcos 3:17; Lucas 6:14; Hechos 1:13*). En la historia evangélica nunca se menciona a Santiago independientemente de su hermano Juan (*Mateo 4:21; 17:1; Marcos 1:19, 29; 5:37; 9:2; 10:35, 41; 13:3; 14:33; Lucas 5:10; 8:51; 9:28, 54*). Fue el primero de la compañía de los apóstoles que sufrió el martirio, porque fue decapitado por orden de Herodes Agripa I el año 44 d.C. Se le ha relacionado con la carta. El *Códice latino corbeienese* del siglo IV, al final de la epístola tiene una nota en la que la adscribe claramente a Santiago hijo de Zebedeo. El único lugar en el que se tomó en serio esta adscripción de autoría fue la

iglesia española, que le siguió considerando el autor hasta el fin del siglo XVII. Esto fue debido al hecho de que Santiago de Compostela, el santo patrón de la católica España, se identificaba con Santiago hijo de Zebedeo; y era natural que la iglesia española estuviera predispuesta a querer que el patrón de su país fuera el autor de un libro del Nuevo Testamento. Pero el martirio de Santiago se produjo demasiado pronto para que tuviera tiempo de escribir la carta, y además no hay más alusión que la del *Códice corbeicense* que le relacione con ella.

(v) Por último, está el Santiago al que se llama hermano de Jesús. Aunque la primera vez que se establece una conexión entre él y la carta no surge hasta Orígenes, en la primera mitad del siglo III, esta es la hipótesis que se mantiene tradicionalmente. La Iglesia Católica Romana está de acuerdo con ella, porque en 1546 el Concilio de Trento estableció que *Santiago* es un libro canónico y fue escrito por un apóstol.

Vamos a reunir la evidencia acerca de este Santiago. Por el Nuevo Testamento sabemos que era uno de los hermanos de Jesús (*Marcos 6:3; Mateo 13:55*). Más adelante discutiremos en qué sentido se ha de tomar la palabra *hermano*. Durante el ministerio de Jesús está claro que su familia no Le comprendía ni simpatizaba con Él, y habría querido impedirle que cumpliera Su obra (*Mateo 12:46-50; Marcos 3:21, 31-35; Juan 7:3-9*). *Juan* dice claramente que «Sus hermanos no creían en Él» (*Juan 7:5*). Así que, durante el ministerio terrenal de Jesús, Santiago era uno de Sus opositores.

Con *Hechos* se presenta un cambio repentino e inexplicado. Cuando empieza *Hechos*, la Madre y los hermanos de Jesús forman parte del pequeño grupo de cristianos (*Hechos 1:14*). Desde entonces, está claro que Santiago ha llegado a ser el líder de la iglesia de Jerusalén, aunque no se nos explica cómo se produjo esa situación. Es a Santiago a quien Pedro manda la noticia de que está fuera de la cárcel (*Hechos 12:17*). Santiago preside el concilio de Jerusalén que abrió las puertas de la Iglesia Cristiana a los creyentes gentiles (*Hechos 15*). Fue con Santiago y Pedro con los que se reunió Pablo cuando fue por

primera vez a Jerusalén después de su conversión; y fue con Santiago, Pedro y Juan, las columnas de la Iglesia, con los que Pablo decidió la esfera de su trabajo (*Gálatas 1:19; 2:9*). Fue a Santiago a quien se dirigió Pablo con la colecta de las iglesias gentiles en su visita a Jerusalén que habría de ser la última y que habría de conducir a su detención y envió a Roma para ser juzgado por el César (*Hechos 21:18-25*). Este último episodio es importante, porque nos presenta a Santiago en tal simpatía con los judíos cristianos que todavía cumplían la ley judía, y tan interesado en que los escrúpulos de estos no se exacerbaban, que convenció a Pablo para que diera muestras de su lealtad a la ley asumiendo responsabilidad por los gastos de algunos cristianos judíos que estaban cumpliendo el voto de los nazareos.

Como se ve, está claro que Santiago era el líder de la iglesia de Jerusalén. Como sería de esperar, eso era algo que la tradición desarrollaría considerablemente. Hegesipo, el historiador temprano, dice que Santiago fue el primer obispo de la iglesia de Jerusalén. Clemente de Alejandría añade que le escogieron para ese ministerio Pedro y Juan. Jerónimo, en su libro *Sobre hombres famosos*, dice: «Inmediatamente después de la pasión del Señor, los apóstoles consagraron a Santiago como obispo de Jerusalén... cuya iglesia gobernó durante treinta años, es decir, hasta el año séptimo del reinado de Nerón.» Las *Recognitiones clementinae* dan el último paso del desarrollo de la leyenda al decir que Santiago fue ordenado obispo de Jerusalén nada menos que por el mismo Jesús. Clemente de Alejandría refiere una extraña tradición que aplica al principio de la Iglesia lo que decían los judíos sobre la Torá (*Dichos de los padres*, de la *Mishná*): «El Señor impartió conocimiento después de la Resurrección a Santiago el Justo, a Pedro y a Juan; ellos se lo transmitieron a los demás apóstoles, y estos a los setenta.» El desarrollo posterior no hay por qué aceptarlo; pero queda el hecho escueto de que Santiago fue el cabeza indiscutible de la iglesia de Jerusalén.

SANTIAGO Y JESÚS

Tal cambio debe tener alguna explicación. Bien puede ser que la tengamos en una frase del Nuevo Testamento. En la primera lista de las apariciones del Señor Resucitado, que es la que escribió Pablo, encontramos estas palabras: «Después Le vio Santiago» (*1 Corintios 15:7*). A esto puede ser que se hiciera referencia en el *Evangelio según los hebreos*, que fue uno de los primeros evangelios, que no se incluyó en el Nuevo Testamento pero que, a juzgar por los fragmentos que se conservan, tenía un valor indudable. Jerónimo nos transmite el siguiente pasaje:

Ahora bien: el Señor, después de darle el paño de lino al siervo del sumo sacerdote, se dirigió a Santiago y se le apareció. (Porque Santiago había jurado que no tomaría alimento desde el momento en que tomó la copa del Señor hasta que Le viera resucitado de entre los que duermen). Y después de un poquito, dijo el Señor: «Poned la mesa y traed pan.» E inmediatamente después se añade que «tomó el pan, y lo bendijo, y lo partió, y se lo dio a Santiago el Justo mientras le decía: «Hermano, come tu pan; porque el Hijo del Hombre ha resucitado de entre los que duermen.»

Ese pasaje no carece de dificultades. Al principio parece querer decir que Jesús, después de resucitar y de salir de la tumba, entregó el sudario de lino con el que había sido sepultado al siervo del sumo sacerdote, y fue a reunirse con Su hermano Santiago. También parece implicarse que Santiago estuvo presente en la Última Cena. Pero, aunque el pasaje está confuso, una cosa sí está clara: Algo acerca de Jesús en Sus últimos días u horas en la Tierra había impactado el corazón de Santiago de tal manera que este había jurado no probar bocado hasta que Jesús resucitara; así que Jesús volvió a él, y le dio la seguridad que esperaba. Que hubo un encuentro entre

el Señor Resucitado y Santiago es indudable. Los detalles, tal vez no los sabremos nunca. Pero sí sabemos que a partir de ese momento Santiago, que había estado tan en contra de Jesús, fue Su servidor durante todo el resto de su vida, y Su mártir en el momento de su muerte.

SANTIAGO, MÁRTIR DE CRISTO

Que Santiago murió mártir es una afirmación consecuente en la tradición antigua. Los relatos presentan variantes en las circunstancias y en los detalles, pero coinciden en que acabó su vida como mártir de Cristo. El relato de Josefo es muy breve (*Antigüedades* 20:9.1):

Así es que Anano, como era esa clase de hombre y creía que se le ofrecía una buena oportunidad después de la muerte de Festo y antes de la llegada de Albino, convocó un consejo judicial, le presentó al hermano del Jesús al que llamaban el Cristo, que se llamaba Santiago, y a algunos otros, acusándolos de violar la ley, y los entregó para que los lapidaran.

Anano era el sumo sacerdote judío; Festo y Albino eran los procuradores de Palestina, en el puesto que había ostentado Pilato. El detalle de la historia es que Anano aprovechó el interregno entre la muerte de uno y la llegada de su sucesor para eliminar a Santiago y a otros líderes de la Iglesia Cristiana. Esto coincide perfectamente con el carácter de Anano por lo que sabemos de él, y supondría que el martirio de Santiago tuvo lugar en el año 62 d.C.

Hegesipo nos dejó en su historia un relato mucho más extenso. La obra de Hegesipo se ha perdido, pero Eusebio nos ha conservado su relato de la muerte de Santiago en su totalidad (*Historia Eclesiástica* 2:23). Es largo; pero de tal interés que debe citarse completo.

Jacobo, el hermano del Señor, es el sucesor, con los apóstoles, del gobierno de la iglesia. A éste todos le llaman «Justo» ya desde el tiempo del Señor y hasta nosotros, porque muchos se llamaban Jacobo.

No obstante, sólo él fue santo desde el vientre de su madre; no bebió vino ni bebida fermentada; ni tocó carne; no pasó navaja alguna sobre su cabeza ni fue ungido con aceite; y tampoco usó del baño.

Sólo él tenía permitido introducirse en el santuario, porque su atuendo no era de lana, sino de lino. Asimismo, únicamente él entraba en el templo, donde se hallaba arrodillado y rogando por el perdón de su pueblo, de manera que se encallecían sus rodillas como las de un camello, porque siempre estaba prosternado sobre sus rodillas humillándose ante Dios y rogando por el perdón de su pueblo.

Por la exageración de su justicia le llamaban «Justo» y «Oblías», que en griego significa protección del pueblo y justicia, del mismo modo que los profetas dan a entender acerca de él.

Algunas de las siete sectas del pueblo, las que ya mencioné antes (en las Memorias), procuraban aprender de él acerca de la puerta¹ de Jesús, y él les decía que se trataba del Salvador. Unos cuantos de ellos creyeron que Jesús era el Cristo. Pero las sectas, a las que hemos aludido, no creyeron en la resurrección ni en su inminente regreso para pagar a cada uno según sus obras; no obstante, todos los que creyeron lo hicieron por medio de Jacobo.

Muchos fueron los convertidos, incluso entre los principales, y por ello hubo alboroto entre los judíos, los escribas y los fariseos, y decían que el pueblo peligraba aguardando al Cristo. Reuniéndose entonces ante Jacobo

¹ La palabra *puerta* usada aquí por Eusebio significa el medio cristiano de acceso a Dios por Jesucristo.

le decían: «Te lo rogamos: sujeta al pueblo, pues se encuentran engañados acerca de Jesús y creen que él es el Cristo. Te rogamos que aconsejes, acerca de Jesús, a cuantos acudan el día de la Pascua, pues todos te obedecemos. Porque nosotros y todo el pueblo damos testimonio de que tú eres justo y no haces acepción de personas. Así pues, persuade a la multitud para que no yerre acerca de Cristo. Pues todo el pueblo y nosotros te obedecemos. Mantente en pie sobre el pináculo del templo, para que desde esa altura todo el pueblo te vea y oiga tus palabras. Ya que por la Pascua se unen todas las tribus, incluyendo a los gentiles.»

De este modo los aludidos escribas y fariseos colocaron a Jacobo sobre el pináculo del templo, y estallaron a gritos diciendo: «¡Tú, el Justo!, al que todos nosotros debemos obedecer, explícanos cuál es la puerta de Jesús, pues todo el pueblo está engañado, siguiendo a Jesús el Crucificado.»

Entonces él contestó con voz potente: «¿Por qué me interrogáis acerca del Hijo del Hombre? ¡Él está sentado a la diestra del gran Poder, y pronto vendrá sobre las nubes del cielo!»

Y muchos creyeron de corazón y, por el testimonio de Jacobo, alabaron diciendo: «¡Hosanna al Hijo de David!»; pero entonces de nuevo los mismos escribas y fariseos comentaban: «Hemos actuado erróneamente al procurar un testimonio tan grande en contra de Jesús, pero subamos y arrojemos a éste, para que se confundan y no crean en él.»

Así, gritaban diciendo: «¡Oh!, ¡oh!, también el Justo anda en error,» y con este acto cumplieron la escritura en Isaías: «(Saquemos al Justo, porque nos es embarazoso.) Entonces cometerán los frutos de sus obras.»²

Entonces subieron y lanzaron abajo al Justo. Luego co-

² Isaías 3:10

mentaban: «Apedreemos a Jacobo el Justo,» y empezaron a apedrearlo, pues no había muerto al ser arrojado. Pero él, volviéndose, hincó las rodillas diciendo: «Señor, Dios Padre, te lo suplico: perdónalos, porque no saben lo que hacen.»

Mientras lo apedreaban, un sacerdote de los hijos de Recab, hijo de Recabín, de los que el profeta Jeremías dio testimonio, rompió a gritar diciendo: «¡Deteneos!, ¿qué hacéis? El Justo pide por nosotros.»

Y cierto hombre entre ellos, un batanero, golpeó al Justo en la cabeza con el mazo que usaba para batir las prendas, y de este modo fue martirizado Jacobo. Y allí le enterraron al lado del templo, y su columna todavía permanece cerca del templo. Fue un testigo verdadero para los judíos y griegos de que Jesús es el Cristo. E inmediatamente Vespasiano asedió Jerusalén.»

(Eusebio de Cesarea, *Historia Eclesiástica*, 2. 23. Texto y notas de la edición CLIE, 1988).

EL HERMANO DEL SEÑOR

Hay otra cuestión acerca de la personalidad de Santiago que debemos tratar de resolver. En *Gálatas 1:19* Pablo habla de él como *el hermano del Señor*. En *Mateo 13:55* y en *Marcos 6:3* se menciona a un Santiago (R-V: Jacobo) entre los hermanos de Jesús; y en *Hechos 1:14*, aunque no se dan los nombres, se dice que los hermanos de Jesús estaban entre los primeros cristianos en la iglesia de Jerusalén. Hemos de plantear la cuestión de lo que quiere decir aquí la palabra *hermano*, porque la Iglesia Católica Romana le da una gran importancia a la respuesta que se dé. Desde los tiempos de Jerónimo ha habido en la Iglesia mucha discusión sobre esta cuestión. Hay tres teorías en relación con el parentesco de estos «hermanos» de Jesús que vamos a considerar una tras otra.

LA TEORÍA JERONIMIANA

Recibe su nombre del de Jerónimo, el traductor de la Vulgata latina. Fue él el que desarrolló la teoría de que los «hermanos» de Jesús eran en realidad Sus *primos*; y es lo que se cree en la Iglesia Católica Romana, que lo tiene como artículo de fe. La expuso Jerónimo en el año 383 d.C., y captaremos mejor su complicado razonamiento si lo vamos siguiendo en una serie de pasos.

(i) Santiago el hermano del Señor se incluye entre los apóstoles. Pablo escribe refiriéndose a él: «Pero no vi a ninguno de los demás apóstoles salvo a Santiago el hermano del Señor» (*Gálatas 1:19*).

(ii) Jerónimo insiste en que el título de *apóstol* se usaba sólo con los Doce. En tal caso debemos buscar a Santiago entre ellos. No puede ser el mismo que el hermano de Juan e hijo de Zebedeo porque, entre otras razones, ya había sufrido el martirio cuando se le menciona en *Gálatas 1:19* y en *Hechos 12:2*. Por tanto, habrá que identificarle con el otro Santiago que formaba parte de los Doce, Santiago hijo de Alfeo.

(iii) Jerónimo pasa a hacer otra identificación. En *Marcos 6:3* leemos: «¿No es este el carpintero, el hijo de María y hermano de Santiago y de José?» Y en *Marcos 15:40* encontramos al pie de la Cruz a María, la madre de Santiago el Menor y de José. Como Santiago el Menor es hermano de José e hijo de María debe de ser la misma persona que el Santiago de *Marcos 6:3* que es el hermano del Señor. Por tanto, según Jerónimo, Santiago el hermano del Señor, Santiago hijo de Alfeo y Santiago el Menor son la misma persona en relación con otras tantas.

(iv) Jerónimo basa el siguiente y final paso de su razonamiento en la deducción de la lista de mujeres que estaban al pie de la Cruz de Jesús. Vamos a considerar esa lista como nos la dan tres evangelistas.

En *Marcos 15:40* incluye a María Magdalena, María la madre de Santiago y José, y Salomé.

En *Mateo 27:56* se menciona a María Magdalena, María la madre de Santiago el Menor y de José, y la madre de los hijos de Zebedeo.

En *Juan 19:25* tenemos a la Madre de Jesús, la hermana de Su Madre, María la mujer de Cleofás y María Magdalena.

Analícemos ahora estas listas. En cada una de ellas se nombra a María Magdalena. Es segura la identificación de Salomé con la madre de los hijos de Zebedeo. Pero el verdadero problema es *cuántas mujeres hay en la lista de Juan*. Se puede leer de la manera siguiente:

- (i) La Madre de Jesús;
- (ii) La hermana de la Madre de Jesús;
- (iii) María, mujer de Cleofás;
- (iv) María Magdalena.

O se puede leer de esta otra manera:

- (i) La Madre de Jesús;
- (ii) La hermana de la Madre de Jesús, María, mujer de Cleofás;
- (iii) María Magdalena.

Jerónimo insiste en que la segunda manera es la correcta; y por tanto la hermana de la Madre de Jesús y María la mujer de Cleofás son la misma persona. En ese caso tiene que ser la misma que en las otras listas figura como la madre de Santiago y de José. El Santiago que es su hijo es el que se conoce como Santiago el Menor, y como Santiago el hijo de Alfeo, y como Santiago el hermano del Señor. Esto quiere decir que Santiago es el hijo de la hermana de María, y por tanto primo de Jesús.

Hasta aquí el argumento de Jerónimo, al que se pueden oponer por lo menos cuatro objeciones.

(i) Una y otra vez se llama a Santiago *hermano* de Jesús, o se le cuenta entre los *hermanos* de Jesús. La palabra que se usa en todos los casos es *adelfós*, que generalmente quiere decir

hermano. Es verdad que puede describir a personas que pertenecen a una cierta comunión, como hacemos corrientemente entre cristianos. Y también es verdad que se puede usar afectuosamente con una persona con la que nos une una gran intimidad personal. Pero cuando se usa dentro de la familia es, para decir lo menos, muy dudoso que quiera decir *primo*. Si Santiago era *primo* de Jesús, es muy poco probable, por no decir imposible, que se le conociera como el *adelfós* de Jesús.

(ii) Jerónimo se equivocó al suponer que el término *apóstol* sólo se les aplicaba a los Doce. Pablo era un apóstol (*Romanos 1:1; 1 Corintios 1:1; Gálatas 1:1*). Bernabé era un apóstol (*Hechos 14:14; 1 Corintios 9:6*). Silas también era apóstol (*Hechos 15:22*). Andrónico y Junias eran apóstoles (*Romanos 16:7*). Es imposible limitar el título de *apóstol* a los Doce; y si no hace falta buscar a Santiago el hermano del Señor entre los Doce, el argumento de Jerónimo se viene abajo.

(iii) A la vista de los hechos es mucho más probable que *Juan 19:25* sea una lista de cuatro mujeres y no de tres; porque, si María de Cleofás fuera hermana de María la Madre de Jesús, habría dos hermanas con el mismo nombre, lo cual es sumamente improbable.

(iv) Hay que recordar que la Iglesia no sabía nada de esta teoría hasta el año 383 d.C. cuando Jerónimo la pergeñó. Y es absolutamente cierto que la propuso por la única razón de garantizar la doctrina de la virginidad perpetua de María. La teoría de que los llamados hermanos de Jesús eran de hecho Sus primos tiene que descartarse a la vista de los hechos.

LA TEORÍA EPIFÁNICA

La segunda de las grandes teorías acerca del parentesco de Jesús con Sus «hermanos» propone que estos eran, de hecho, Sus «hermanastros» si acaso, hijos de José de un matrimonio anterior pero no de María, mientras que Jesús era hijo de María pero no de José. El nombre de esta teoría se deriva del de